

CUANDO uno llega a Nueva York dispuesto a ver teatro, ocurre una cosa tremenda. Si se pregunta a los amigos "qué es lo más interesante", la respuesta suele centrarse en tres o cuatro espectáculos que, por alguna razón, han adquirido mayor resonancia. Incluso cabe la posibilidad, en la Nueva York de 1979, de que la respuesta sea radicalmente negativa, asegurándonos que "no hay nada que valga realmente la pena", que "el teatro norteamericano está muerto", que "no han aparecido nuevos autores que releven a los ya clásicos Miller, Wilder o Williams", y, por supuesto, que el gran movimiento del "off-off Broadway", tan vinculado a la agitación del final de los sesenta, ha sido reducido a la más lamentable rutina.

Para quien llega a los Estados Unidos con la penosa simplificación que la izquierda europea —y, por lo tanto, también la española— ha solido hacer de este país, confundiendo con el Pentágono y la General Motors, ese negativo juicio del teatro de Nueva York casi sería bastante para escribir un artículo. Máxime cuando refleja un punto de verdad, puesto que si Broadway —dentro del proceso inflacionista del país— afronta tales costos que ya no puede permitirse el menor riesgo, es igualmente cierto que la vida norteamericana carece hoy de la vigorosa y activa conflictividad que se trajo, a lo largo de casi dos décadas, en una serie de importantes fenómenos sociales, de los que el teatro se hizo eco y testimonio.

Sin embargo, para quien sea hombre de teatro —y de ahí la calificación con que se iniciaba este comentario—, la cartelera de Nueva York le sumirá en un asombro desde el que los anteriores juicios tendrán mucho de apresurados o vagos. Repaso los títulos en una de las guías teatrales. Y me encuentro, aparte de los no mencionados, con una opción de ¡181! espectáculos. La mayoría son, naturalmente, en inglés. Pero más de una docena son en castellano. Varias compañías son negras. Sin que falte el teatro judío...

La lista está llena de nombres familiares. Así, de los clásicos en lengua inglesa está Marlowe ("Eduardo II") y, naturalmente, Shakespeare, de quien se presentan hasta tres títulos. "La Celestina" y "Peribáñez" cubren el censo de los clásicos españo-

les. Y los "clásicos contemporáneos" están representados por una larga lista que va de Chejov a Strindberg, de Wedeking a Ionesco, de Miller a Brecht, de García Lorca a Bernard Shaw, cuyos siete títulos simultáneamente en cartel le convierten en el dramaturgo más representado en Nueva York.

En otros comentarios me referiré a otros aspectos de la vida teatral de Nueva York —que es como decir del teatro norteamericano— de hoy, pero quería señalar en esta primera crónica un hecho sintomático: la sustitución del perfil experimental del "off-off Broadway" por cierta inmersión, al menos en un número

considerable de pequeños teatros, en el repertorio de los títulos fundamentales. Lo cual no debe ser interpretado como una "vuelta al texto" o un rechazo de la experimentación anterior, sino, probablemente, como una expresión totalmente consecuente del "profundo cansancio" que ha seguido a los años de lucha y de amargura. Si Vietnam, el asesinato de los Kennedy o Watergate fueron un día temas calientes, que suscitaban una respuesta, se diría que todo ello se ha sedimentado en una especie de general decepción que incluso renuncia a debatir sus orígenes. La mayor parte de la gente habla aquí de la inflación, de la crisis de la energía, de la salud o de la falta de puestos de trabajo. Pero hablar de política parece cada vez más una ingenuidad o una impertinencia.

Desde esta perspectiva, la vuelta a los clásicos tendría algo de profundización en ciertos temas menos coyunturales y próximos, aunque no por ello ajenos a la vida norteamericana. La presencia de los grandes textos, sometidos con frecuencia a audaces montajes —en los que sí se respira la tradición del mejor "off-off Broadway"— quizá sería, pues, mostrando una vez más el carácter significativo de la vida teatral, la expresión de un aquietamiento social, de un escepticismo comunitario, que tal vez contiene más elementos de cambio que los aparatosos fenómenos de otras épocas. Carter aparece diariamente en la TV junto a Begin o el Presidente Sadat; no faltan voces que se pregunten por la repercusión de la caída del Sha en los intereses norteamericanos; ni quienes digan que no habrá ningún nuevo Vietnam y que los Estados Unidos deben aceptar cualquier confrontación con la URSS allí donde ésta se plantee, "abandonando el actual aislacionismo". Todo suena a la necesidad de combatir desde el poder esa creciente indiferencia que separa más y más a los norteamericanos de lo que sus representantes políticos hacen en el mundo. Aunque, unos y otros, sigan poniéndose la mano en el corazón cada vez que en los actos públicos o al comienzo de cualquier espectáculo deportivo suene el himno nacional y ondee la bandera de las barras y las estrellas. Sin que sea ya posible saber dónde acaba la pasión y dónde empieza la melancolía. ■

NUEVA YORK

El off-off mira a los clásicos

JOSE MONLEON



"Bread and Puppet".